

PREMIO AZORÍN DE NOVELA 2023

LOS PERSEGUIDOS

FERNANDO
BENZO



 Planeta

Fernando Benzo



Los perseguidos

Premio Azorín de Novela 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Fernando Benzo, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 4.952-2023

ISBN: 978-84-08-27000-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Antes

Embistió el terraplén sin aflojar la velocidad. El Seat 124 se elevó durante unos segundos. El morro cabeceó como si fuese un caballo encabritado, las ruedas cayeron con pesadez y los bajos del coche sonaron a cascajo al chocar contra el suelo. La carrocería crujió y una nube de tierra pardusca lo envolvió impidiendo cualquier visión.

El Chungo soltó un aullido de placer. Se lo estaba pasando en grande. A su lado, Dardo dio tal bote que la cabeza le chocó contra el techo. En el asiento de atrás, Peyo perdió el equilibrio y cayó a un lado. Pareció que el coche iba a deshacerse en pedazos. Pero aguantó el arreón y siguió adelante, campo a través, dejando atrás una estela de polvo.

Tras ellos, apenas a unos metros, los dos Seat 131 de los polis dieron el mismo salto al toparse con el montículo de tierra. Se rehicieron más rápido que el 124 y, pronto, volvían a pisarles los talones. El Chungo había sacado el coche de la calle de un volantazo, saltando por la acera, buscando terreno libre, un descampado en el que tendrían más posibilidades de librarse de sus perseguidores que si seguían en el asfalto. Pero ni siquiera en aquel espacio abierto lograban dejarlos atrás.

El Chungo se echó a reír, con una risa idiota y salvaje.

—¡Pon la música! —gritó, el cuerpo echado hacia delante, la espalda separada del asiento, los ojos desbocados por las ganas, fijos al frente.

Dardo apoyaba una mano en el salpicadero y con la otra se agarraba al asidero de encima de la ventana tratando de mantener el equilibrio. El Chungo hacía zigzaguear al 124, buscaba levantar polvo para entorpecer la visión de los polis y sacarles ventaja con giros inesperados, consciente de que los coches policiales tenían un motor más potente y pronto les darían caza si se mantenía en línea recta.

—¿Qué quieres?

—¡Que pongas la música, joder! ¡Que sin música no sé conducir!

Dardo miró al Chungo. Saltaba a la vista que se estaba divirtiendo. Para el Chungo la vida era siempre como una escena de película. La música sonaba de fondo, los peligros eran de mentira, los policías eran panzones y torpes y siempre perdían, y ellos eran los buenos, los que nunca acababan ni en el talego ni con una bala en el corazón.

Dardo se mantuvo a duras penas erguido mientras metía el cartucho en el radiocasete del coche y el Chungo daba un par de volantazos más, uno a la derecha, otro a la izquierda. Un derrape, otro crujir de la chapa, la protesta de los neumáticos, Los Chichos empezaban a cantar. Detrás, Peyo había logrado incorporarse y se giraba para mirar a través del cristal trasero y de la polvareda que levantaban a su paso.

—Se nos están echando encima —dijo—. Nos alcanzan.

—Y una mierda —le respondió el Chungo—. Si tienes miedo, paro y te bajas.

—No digas gilipolleces.

—Pues no me toques los huevos y a callar, que soy yo el que conduce.

El Chungo repitió el aullido. Aún estaba de subidón. Se

había metido un par de pirulas de dexedrina. Se las había tomado allí mismo, sentado en el coche, a menos de cien metros de la ferretería. Él ya estaba en la heroína. Las pastillas eran para cuando iban a dar un palo. Y siempre dejaba bien claro que solo las tomaba para ponerse un poco a tono, para coger brío, que no valentía, que de eso no le faltaba. Dardo y Peyo se habían fumado un porro, un poco de grifa. El Chungo no tenía pastillas para los tres. Después de tragarse las pirulas, arrancó y recorrió el corto trecho, aparcó justo enfrente de la ferretería y se bajaron y entraron.

Había dos clientes, una pareja de abueletes. Peyo, navaja en mano, los empujó a una esquina de la tienda. A él le quitó el reloj, a ella le arrancó una cadenita del cuello. Confío en que ambas cosas fueran de oro. El Chungo le partió la nariz al dependiente de un puñetazo sin mediar palabra. Dardo saltó por encima del mostrador y vació la caja. Se metió los billetes a puñados en los bolsillos. Unas veinte mil pelas, anunció. Menuda mierda, protestó el Chungo, y desahogó su rabia dándole un segundo puñetazo en la cara al dependiente, que aún gimoteaba y se sorbía la sangre.

El abuelo, que estaba frente a Peyo, dijo con ánimo colaborador, casi como si le diese pena la frustración de aquellos chicos:

—Si ustedes quieren, les entrego mi cartera. Algo más habrá. Pero no nos hagan daño a mi señora y a mí, por favor.

La mujer, a su lado, miraba a Peyo con ojos de espanto.

El Chungo se olvidó del dependiente y fue junto a ellos.

—A ver esa cartera.

El abuelo solo llevaba quinientas pesetas.

—Menuda mierda —sentenció el Chungo, y lo rubricó dándole al viejo un puñetazo en la boca del estómago.

El hombre cayó de rodillas con un bufido ahogado. La mujer dio un grito de pánico.

—Pincha a la vieja —le dijo el Chungo a Peyo.

—Venga, no me jodas.

El Chungo se echó a reír.

—Cagao —le dijo, y se olvidó del asunto.

Apenas estuvieron tres o cuatro minutos en el establecimiento. Un trabajo fácil.

Corrieron hasta el coche y nada más arrancar aparecieron los dos zetas. Algún vecino los habría visto y había dado el aviso. Mejor. El Chungo gritó feliz. Disfrutaba más con la huida que con el palo en sí. Pisar acelerador, quemar rueda, llevar a la poli detrás, creerse Steve McQueen.

Se habían hecho con el 124 media hora antes. Peyo era al que mejor se le daba abrir los coches con una percha a través de una rendija en la ventanilla y arrancarlos después haciendo un puente con los cables. El Chungo solo había exigido que pillasen un coche en el que pudiese escuchar su cartucho de Los Chichos, que para animarse antes de un palo necesitaba tanto la música como las pirulas. La ferretería la había elegido Dardo, que se conocía bien aquella zona de Villaverde Alto. Cada uno tenía su tarea. Estaban organizados. El Chungo era el jefe de la banda y el que conducía. Dardo era el segundo, el cerebro, el que daba vueltas por ahí y luego volvía a los Recreativos Cosmos y decía dónde dar el palo. El de la ferretería parecía sencillo. Pero el resultado era decepcionante: veinte mil quinientas pesetas apenas daban para un gramo de heroína. Y de la mala, de la más adulterada. Aquella cantidad solo llegaría para cubrir las necesidades del Chungo. No quedaría nada de aquel escueto botín para el resto. Pero lo que más cabreaba a este era regresar a los Recreativos como un pringado. Le restaba autoridad ante los otros. Por eso le alegró más aún de lo habitual que apareciese la pasma. Por lo menos podría narrarles una buena persecución de coches.

El Chungo, a sus quince años, era un conductor teme-

rario pero seguro. El 124 iba al máximo de su velocidad y los polis no lograban más que mantenerse a rebufo, sin lograr darle caza. Llevaban ya cerca de diez minutos de carrera. Sabía que tenía que arriesgar un poco más si quería perderlos. Dio otro volantazo y derrapó en la tierra. La parte trasera golpeó una piedra y el coche se levantó del golpe. Dardo volvió a dar con la cabeza en el techo y se cagó en sus muertos. El Chungo le miró.

—¿Prefieres conducir tú, enterao?

—¡Piérdelos de una vez, joder, que ya está bien de esto!
—gritó Dardo para hacerse oír por encima de la música.

El Chungo aceleró. El descampado llegaba a su fin. El límite lo marcaban unas vías abandonadas que apenas sobresalían de la tierra. Se puso serio. La protesta de Dardo le había cortado el rollo.

—Vale —dijo de mala gana—, pues nos vamos.

El coche saltó por encima de las vías. Traqueteó adelante y atrás.

Fue un error. El Chungo no lo habría cometido de no haberle puesto de mala leche el quejica de Dardo.

El neumático trasero izquierdo estalló.

Al otro lado de las vías había un terraplén de pendiente pronunciada. Los dos coches de policía frenaron antes de atravesar las vías. Los agentes se quedaron dentro, viendo lo que ocurría. El 124 volcó, dio una vuelta de campana y acabó estrellándose contra el único árbol que crecía en mitad de la pendiente. El techo se hundió como si fuera de papel.

Por un instante el mundo se detuvo. Tan solo se movía el polvo levantado que volvía a asentarse con lentitud. Tan solo se oía a Los Chichos cantando que la vida no tiene sentido. Tierra, rumba y ningún movimiento.

Peyo abrió los ojos. El techo hundido apenas le permitía ver. La cara de Dardo asomó por entre el asiento delantero y la chapa.

—Cojonudo, Chungo —protestó—. Bien cagada.

Miró al Chungo. Vio su cabeza caída a un lado, la sangre brotándole a la vez de nariz y boca, las manos aferradas al volante doblado por el impacto de su cara contra él, los ojos abiertos sin mirada.

—¡Hostia, Peyo! ¡Vámonos de aquí!

Abrieron las puertas del coche a patadas y salieron como pudieron. Los agentes ya se acercaban, bajando el terraplén a pie, pistola en mano. Hubo tres disparos. Dardo y Peyo corrieron sin mirar atrás.

Los policías se detuvieron en mitad del terraplén. No merecía la pena seguir. Ni les acertarían desde allí ni serían capaces de alcanzarlos a la carrera. Otra vez se les habían escapado. No era algo que angustiase a los policías. Antes o después, esos dos chicos, fueran quienes fuesen, acabarían cayendo. Todos caían tarde o temprano. Por eso no les importaba demasiado cuando se escapaban. Solo era cuestión de paciencia.

Los cuatro agentes contemplaron a Peyo y Dardo alejarse a la carrera y, más cerca, al coche estrellado contra el árbol. Del capó salía una estrecha nube de humo grisáceo, se oía a Los Chichos cantar y, en el asiento del conductor, les esperaba el cadáver de un chico que ya no cumpliría los dieciséis.

Ahora

Son una docena de periodistas desperdigados por las butacas de la sala de prensa del Ministerio del Interior. Ninguno confía en que se vaya a dar una noticia interesante. No se respira la expectación previa de esas veces en las que se espera un gran anuncio. Es una convocatoria rutinaria. Venta de logros. Hay que cubrirlo, pero sin entusiasmo.

El ministro se presenta en la sala con puntualidad. Le siguen el jefe de Gabinete, el jefe de Prensa, un ayudante de protocolo y un par de asesores. Luis Cáceres, el ministro, entra meneando el cuerpo con sus andares característicos, que le dan un cierto aire de guaperas de discoteca, de galán de verbena. Aún no ha cumplido los cuarenta y cinco. Transmite seguridad. Se le adivina convencido del poder seductor de su cuerpo estilizado, su mentón firme, su mirada viva y hasta de sus ojeras de ministro. Sus detractores le desprecian calificándolo de «aparatero», de ser un tipo «muy de partido» que suple sus carencias intelectuales con una curtida habilidad para la conspiración política. Para estos, el cargo le viene grande y es evidente que acabará siendo uno de esos ministros que los ciudadanos olvidan nada más dejar el cargo y a los que las crónicas históricas apenas reservan una línea con punto y seguido. Sus defen-

sores resaltan su habilidad para salir siempre airoso en el duelo político, el estudiado despliegue de carisma y cercanía con el que se mete en el bolsillo a votantes y medios y, sobre todo, eso tan necesario en el fango político que es una ambición libre de límites o remilgos, lo que los lleva a augurarle un futuro de altos vuelos.

Dani, sentada en la cuarta fila, le mira sin interés. Ha oído decir de él que es un seductor discreto pero pertinaz, un mujeriego irredento con un éxito legendario. La erótica del poder debe de ser, se dice. Basta verle para saber que es de esos que solo quieren a su lado a una mujer para que les diga cada cinco minutos lo listos que son. Una pereza. Ha salido con un buen puñado de tipos así en su vida. De hecho, podría decir que atraerlos es su especialidad.

Espera con paciencia a que Cáceres presente su catálogo de ventas: bajada de los índices de criminalidad, reducción de la población reclusa, inversiones en nuevos equipamientos para policía y Guardia Civil... Los miembros de su equipo, sentados en la primera fila, asienten rítmicamente, complacidos. El ministro trata de reforzar la envergadura de sus anuncios con frases oídas una y mil veces, tópicos repetidos por sus antecesores que también repetirán sus sucesores: una eficacia de las políticas de seguridad como nunca se había visto en nuestra democracia, un paquete de medidas que blablablá, un esfuerzo de inversión que blablablá, este Gobierno demuestra así su firme compromiso con blablablá. Humo. Queda claro: está matando el mono de salir en los medios.

Se abre turno de preguntas. Dani no levanta la mano. El resto de los periodistas van recibiendo del responsable de protocolo el micrófono para hacer la suya. Dani observa a sus colegas. Una mayoría abrumadora de mujeres. Y todas más jóvenes que ella. Tiene treinta y seis años, pero de pronto se siente como si tuviese ochenta y seis. Le parece

ayer mismo cuando todavía era una becaria o, después, cuando ya le hicieron contrato y tuvo que seguir tragándose ruedas de prensa soporíferas como aquella, las que despreciaban los más veteranos de la redacción. Al ver a esas chicas se siente vieja, aunque también da gracias al cielo por no tener que pasar por semejante calvario. Salvo cuando persigue algo muy concreto, como esa mañana.

Ocurre lo habitual: las preguntas no se refieren al relato sobre la eficaz gestión del ministro. Los periodistas van a lo suyo. Preguntas de actualidad. Cataluña, elecciones en Francia, rumores de crisis de Gobierno. El ministro intenta que no se le note el hastío. Le resulta frustrante montar aquella rueda de prensa para vender su brillante gestión y acabar teniendo que hablar, para variar, de catalanes y franceses.

Para los becarios desperdigados por las filas de asientos, aquello es como pescar. Lanzas la caña a ver si hay suerte y aparece algo más apetecible que tener que volver a titular con índices variados de asesinatos, robos o agresiones domésticas. El ministro esquivo el tiroteo. Congela su sonrisa de político y va contestando con un tono de tranquila indiferencia. Todo va bien: el Gobierno es una maravilla, el presi es una maravilla, yo soy una maravilla, la vida es una tómbola...

Por fin, antes de llegar a la decena de preguntas, ministro y periodistas parecen comprender que aquello ya no da más de sí. Ignacio Montes, el jefe de Prensa, se levanta, da por terminada la comparecencia y agradece a todos los presentes su asistencia e interés. El ministro Cáceres repite el agradecimiento, baja de la tarima y sale de la sala seguido por su séquito.

Dani se levanta y va tras ellos.

Llama al ministro. Este se vuelve y Montes se apresura a susurrar algo a su oído. El nombre y el medio al que perte-

nece aquella periodista que se salta las reglas y osa interrumpirle, imagina ella. A cualquiera de los becarios el jefe de Prensa le habría dicho que ya habían concluido y el ministro y su comitiva habrían seguido su camino. A Dani no. Tal vez Montes también le ha susurrado su apellido y el añadido habitual: hija de quien es, mejor tratarla bien.

Dani odia eso, la utilidad del apellido, sacarle partido. Pero si eso sirve para que el ministro la atienda, mejor aprovecharse.

—Tengo un poco de prisa. ¿Qué quiere, Daniela? —le dice Cáceres con falsa familiaridad, como si ella no supiese que le acaban de soplar su nombre.

Dani sonrío con igual falsedad.

—Señor ministro, quería pedirle una entrevista. Me gustaría tener con usted una charla tranquila, de tú a tú. Tal vez tomándonos un café.

—Así dicho, parece que me está pidiendo más una cita que una entrevista.

Lo dice con evidente coquetería. Dani no le sigue.

—Tengo afición a los secretos. Y estoy segura de que usted debe de tener unos cuantos que quizá le pueda interesar contarme.

—¿Me está pidiendo que sea su fuente, Daniela? Hay que ser muy osada para pedirle algo así a un ministro.

—A un político puede interesarle, en un momento dado, contar algunas cosas. El motivo que pueda tener para ello me da igual siempre que la historia sea atractiva. Lo único que le pido es que, el día que se sienta hablador, cuente conmigo para escucharle.

Cáceres, entre divertido e incómodo, echa un rápido vistazo a Montes, su jefe de Prensa.

—Tal vez algún día nos tomemos un café —le dice después a Dani buscando librarse de ella—. Pero no será para hablar de secretos.

—Entonces le haré una petición más directa. —Dani abandona la pose ingenua—. ¿Puede decirme algo sobre los rumores en torno a Zoran Lazic?

El ministro Cáceres pone una expresión de confusión bastante convincente.

—¿Y quién es ese?

—Un ilustre inquilino de la cárcel de Estremera. Lograron detenerle hace poco en el aeropuerto del Prat. En los mundos del crimen organizado se le conoce también como «el Vampiro de Nis».

Cáceres no cambia el gesto.

—Buen apodo, sí, señor. ¿Y por qué debería conocerle? Dani lo suelta todo como una ráfaga de metrallata:

—Porque es el jefe de la mayor organización criminal internacional que opera en nuestro país. Y porque corre el rumor de que desde este ministerio se le ha pedido a la Fiscalía General del Estado que negocie con él un trato secreto por el que se rebajaría la gravedad de los delitos que pueden imputarle a cambio de que él no haga pública toda una larga lista de miembros corruptos del Cuerpo Nacional de Policía y de la Guardia Civil.

Al ministro le tiembla el labio superior. Es solo un espasmo. Casi imperceptible.

Dani lo percibe. Eso es todo lo que había ido a buscar. Esa milésima de segundo. Objetivo cumplido.

Cáceres recupera una moderada displicencia en su expresión, pero ahora su voz suena mecánica, rutinaria.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando.

—Le hablo de corrupción policial y de pactos con mafiosos, señor ministro.

Los ojos de Cáceres se enfrían y ya no se molesta en aparentar cercanía.

—Tenga usted un buen día, señorita.

El ministro da media vuelta y retoma su camino.

Del grupo se descuelga Ignacio Montes, el jefe de Prensa, que permanece quieto, la mirada clavada en Dani, la ira mal contenida.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—Ya me has oído. Corren rumores.

—Y una mierda rumores, Dani. Los dos sabemos de dónde te has sacado esto. Ya he oído lo de ese nuevo novio que tienes.

—No hago declaraciones sobre mi vida privada.

—Eres muy graciosa, Dani.

Montes no es como su jefe. No se molesta en fingir amabilidad.

—¿Te crees que puedes presentarte aquí a chantajear al ministro del Interior? ¿O te cuenta algún secreto interesante o le acusas de andar en tratos con un mafioso serbio? ¿De eso vas?

—¿Cómo sabes que es serbio? No lo he mencionado.

El labio superior de Montes también tiembla, pero él no lo disimula.

—Sé dónde está la ciudad de Nis, lista de los cojones.

—Eres un hombre erudito, Ignacio.

—¿A esto te dedicas ahora? ¿A la extorsión?

—Me dedico a algo llamado «periodismo». ¿Recuerdas aún lo que era?

Se miran en silencio. Se conocen desde hace años, aunque nunca han sido amigos. Coincidieron en el primer periódico en el que trabajaron. Más de diez años atrás. Entonces a Dani le parecía un buen tipo. Habían salido de copas con los compañeros algunas veces. No puede jurarlo, pero cree recordar que hasta había intentado ligar con ella en alguna ocasión. Es un chico tímido, piensa. En los últimos años se han echado el uno al otro alguna mano, en ese mercado de favores que es habitual entre un jefe de Prensa de un político y una periodista de un periódico de los grandes.

—Dani, si jodes a mi jefe, yo te joderé a ti.

¿Un chico tímido? Diez años atrás. Aquella frase de matón tiene su gracia, se dice ahora Dani. La política, que echa a perder a la gente. Montes tiene solo cuarenta años, pero es ya perro viejo. Ella es un poco más joven, pero ya no la impresionan los perros viejos.

Todos los periodistas se han ido. Han apagado las luces de la sala de prensa. Una suave penumbra envuelve el pasillo.

Dani no le replica. Se marcha y aquellas últimas palabras de Montes se quedan colgando en el aire. Camina hacia la salida que lleva a la calle Amador de los Ríos. Ha ido bien. También ella está un poco echada a perder, piensa, pero no le apetece juzgarse con dureza.

Nada más llegar a la calle saca el móvil del bolso y hace una llamada.

—Ya está.

—¿Cómo han reaccionado?

—Les ha sentado como una patada en donde más duele.

—Fantástico, Dani.

Dani es valiente, lanzada. Le gusta el vértigo. Y, desde luego, plantarse delante de un ministro para pedirle que le proporcione buenas historias si no quiere que cuente lo de sus tratos con un criminal internacional da bastante vértigo.

—Eres mala —le dice Raúl entre admirativo y orgulloso.

—Esa soy yo.

Se siente un poco mala, sí. Aquello ha sido jugar sucio. Ignacio Montes no andaba descaminado. Chantaje. Amenaza. Las palabras suenan duras. No le gustan. No la hacen sentir cómoda. No quiere pensar que ella es así. Pero, a la vez, qué demonios, no puede engañarse a sí misma: la sensación de estar cruzando algunas líneas no le desagrade del todo.